

CATALUÑA

Necesitamos un cambio

CARMEN DOMINGO

Requerimos un pacto de salud que coordine la lucha contra la covid-19 con el resto de comunidades, y un acuerdo entre partidos y agentes sociales para gestionar los fondos europeos de recuperación

Este año, mucho más que otros, parece que flote entre nosotros la sensación de que tenemos que cerrar un ciclo para empezar otro. No sé si será consecuencia de la pandemia de la covid-19, que nos ha mantenido, y nos mantiene, viviendo una situación atípica, o será porque los catalanes nos acercamos, agotados, a un fin de legislatura y ya sin presidente titular, lo que aumenta la sensación de necesidad de elecciones.

De hecho, ha sido una legislatura tan atípica que hemos llegado a normalizar aquello que no lo es. Y no, no me refiero solo a que debemos regresar a casa antes de las 22.00, o que no podemos salir a cenar a un restaurante, que también. Me refiero a que, por ejemplo, hace unos días, un colectivo privado, sin representación institucional, sin legitimidad democrática en su funcionamiento organizado y dirigido por Carles Puigdemont, que reniega del actual gobierno y parlamento catalán, y cuya principal misión es crear un Govern y un Parlament paralelos, utilizó las instalaciones del Palau de la Generalitat. Me refiero al Consell per la República. Sí, conexiones con Bruselas, pantallas con los representantes prófugos en el extranjero... un Consell per la República que presume de que cuenta con 90.000 personas apuntadas, aunque sin auditoría que lo certifique, más allá de su brindis en Twitter, lo que no parece ni de largo suficiente para que puedan tener a su servicio las instalaciones de la Generalitat.

Pero *no passa res*, aquí nunca *passa res*, porque ni es la primera vez que se reúnen en la Generalitat, ni parece que vaya a ser la última que utilizan una institución pública para su uso privado. Y todo ello bajo la queja constante y victimista de que vivimos en una dictadura. Curiosa interpretación de la palabra *dictadura*.

Pero dejemos de señalarlos, porque



El expresidente de la Generalitat, Carles Puigdemont.

Los problemas reales, y no los de unos cuantos, deben ser la prioridad de nuestros gobernantes

La izquierda calla a pesar de que la derecha arcaica y nacionalista siempre se ha creído dueña de Cataluña

igual la culpa no la tienen solo ellos. Esta situación no es una novedad, la derecha arcaica y nacionalista siempre se ha creído dueña de Cataluña, y la izquierda, desgraciadamente, ha callado *perquè fa poc català criticar-los*. Así, tal vez la culpa es, cuando menos, compartida, porque por momentos parece que desde la izquierda sus representantes callan acomplejados. Se miran unos a otros y se limitan a indignarse en petit comité por esa situación y a lamentarse de no ser capaces de reivindicar lo que es de todos, el espacio público. Vaya a ser que nos señalen como "ñordos".

¿Alguien recuerda que se apropiasen de los jardines del Palau de la Generalitat el PSC o los comunes, o cualquier otro colectivo, movimiento social u organización no afín a las ideas independen-

tistas para celebrar un acto privado? Sí, necesitamos un cambio.

Y no solo me refiero a un cambio tras vacunarnos, con esa vacuna que el Estado español y la Unión Europea han conseguido para todos, pero que toda la derecha nacionalista catalana reprocha —"Las vacunas sí entienden de fronteras y banderas", se quejaba Quim Torra en un tuit—, porque llega en cajas con la bandera de España —¿con qué bandera querrán que llegue?—. Las vacunas que distribuye el Gobierno de España van en palés donde pone "Gobierno de España", los médicos de la Generalitat van en vehículos sanitarios donde pone "Generalitat" y los policías municipales de Vic o de Móstoles van en coches donde pone "Ayuntamiento de Vic" o de "Móstoles". A veces sorprende constatar en lo que ha quedado el debate político.

Visto lo visto, quizás estos días podemos dedicar unos minutos a reflexionar acerca de qué haremos el 14 de febrero. Porque necesitamos un cambio para tener un pacto de salud que coordine la lucha contra la covid-19 con el resto de comunidades. Un cambio para que exista un acuerdo entre partidos y agentes sociales para gestionar los fondos europeos de recuperación. Un cambio para que las instituciones vuelvan a manos de todos y dejen de ser gestionadas por unos cuantos y sus amigos. Un cambio para que en leyes como la de erradicación de la violencia machista se recupere la categoría jurídica mujer y se incorpore la explotación sexual, la pornografía y la publicidad sexista. Un cambio para que todos nos felicitemos de que Joan Margarit haya recibido el Premio Cervantes, en lugar de despotricar porque viene Felipe VI a dársele a Barcelona. En definitiva, un cambio para que los problemas reales, y no los de unos cuantos, sean la prioridad de nuestros gobernantes.

JOSÉ AUGUSTO GARCÍA NAVARRO

El villancico está en la cara B del coronavirus

Un villancico es una canción popular que no siempre alcanza la categoría de éxito. Como la salud pública. Hay que reconocer el gran papel que están jugando los servicios de salud pública de nuestro país en la lucha contra el coronavirus, en un contexto de incertidumbre científica y de enorme presión política y social, lo que hace su labor muy difícil.

La mayoría de los servicios de salud pública se vieron muy afectados por los recortes durante la crisis del año 2010. Aquellos años, los responsables sanitarios cumplieron los objetivos de déficit presupuestario. A un precio enorme que ahora, en parte, estamos pagando con unos "intereses de demora" muy costosos.

España es en estos momentos el primer país de Europa en casos por 100.000 habitantes, según datos del propio Ministerio de Sanidad. ¿Hubiésemos disminuido la transmisión del coronavirus con unos ser-

vicios de salud pública mejor financiados? No hay respuesta a esta pregunta, pero siempre flotará en el aire.

Hay otros datos que sitúan a España como el primer país del mundo en algunos indicadores de la epidemia de coronavirus. Un dato llamativo es que el 6% de las personas que vivían en residencias de mayores al inicio de la epidemia han fallecido, según los datos oficiales (el 8,1% según los datos extraoficiales, que suman el exceso de mortalidad a los casos sospechosos y confirmados). Aquí, repito, somos también el primer país del mundo. ¿Hasta cuándo hay que esperar para reconocer que el modelo de atención residencial y coordinación sociosanitaria hay que reformularlo de forma urgente y decidida?

Y, mucho me temo, que si no ponemos remedio de forma urgente, también seremos el primer país del mundo en sufrir los efectos secundarios del control de la epidemia

¿Cuánto hay que esperar para reconocer que el modelo de atención residencial debe reformularse con urgencia?

En las personas más vulnerables, las de mayor edad, dependencia y con más enfermedades. El control de la epidemia aislando a las personas mayores vulnerables en su domicilio o en las residencias tiene unos efectos secundarios terribles: presentan más síndromes geriátricos, descompensación de patologías crónicas, inmovilización, incremento de depresión, ansiedad, insomnio... Y en las personas con demencia y trastornos del comportamiento, más desorientación, agresividad, etc.

En las personas mayores con gran carga de enfermedad crónica y dependencia el coronavirus tiene una cara A y una cara B. Al igual que en los discos de vinilo de los años 80 la cara A tiene la canción principal del lanzamiento, en este caso la protección contra la infección. La cara B tiene la canción que nadie quería escuchar: lo que habría que hacer y no estamos haciendo.

Ahora hay que darle la vuelta al vinilo y escuchar la cara B. Y esto quiere decir que hay que potenciar los programas de control médico, de fisioterapia, de terapia ocupacional, de actividades recreacionales y sociales en las personas mayores más vulnerables de nuestra sociedad, tanto si las aislamos en sus domicilios como si lo hacemos en las residencias de mayores. Esto es salud pública también. Salud Pública con mayúsculas.

Ahora en Navidad, esta cara B tiene un villancico, que siempre es una canción de alegría y de esperanza. No vayamos a por el tercer record. Démosle la vuelta al disco de vinilo. En la cara B muchas veces hay grandes sorpresas y grandes éxitos.

No olvidemos la cara B. Escuchemos el villancico.

José Augusto García Navarro es director general del Consorci de Salut i Social de Catalunya